

# TEXTOS Y GLOSAS

---

## La herencia de San Agustín según el P. Tarsicio van Bavel

Con el título *La herencia de san Agustín* se celebraron, los pasados días 9 y 10 de octubre de 1993, en el Colegio san Agustín Madrid, unas Jornadas organizadas por la Federación Agustiniiana Española sobre las raíces y elementos fundamentales de la formación religiosa agustiniana. Las conferencias fueron pronunciadas por el P. Tarsicio J. van Bavel, Profesor emérito de la Universidad de Lovaina y Consejero General de la Orden de san Agustín. Ofrecemos a nuestros lectores un resumen esquemático de los temas expuestos por el P. van Bavel.

### LA REGLA <sup>1</sup>

Siempre que hablamos de espiritualidad, el punto de partida lo constituye la persona puesto que es ella la que recibe y vive el mensaje de Cristo y lo realiza de un modo propio. De idéntica manera, generaciones diferentes interpretan el evangelio de forma diferente; por eso la espiritualidad evoluciona continuamente, por eso ninguna teología concreta encierra toda la verdad del cristianismo.

Al espíritu personal hay que añadir el espíritu comunitario que es comunión de vida y de ideales. La comunidad de referencia es la Iglesia; pero también se habla de comunidades menores, con carisma o gracia propios, que pueden inspirar a diversas personas.

Entre estas comunidades destacan las que viven la vida monástica, que deben estar muy atentas para evitar caer en el inmovilismo, o en el particularismo, o en el aislamiento al contentarse cada una con su espiritualidad pro-

---

1. Para un comentario más amplio, cf. AGUSTIN DE HIPONA. *Regla para la comunidad*. Comentario de Tarsicio VAN BAVEL. OALA-CETA, Iquitos 1986.

pia, sin compartirla o sin abrirse a otras formas de vivencia cristiana que también son buenas y tienen su propio valor.

La Regla es una interpretación del evangelio; una forma de vivir el cristianismo según una espiritualidad determinada.

San Agustín recurre continuamente a la Biblia para escribir su Regla, y es por esto por lo que mantiene su vigencia en nuestro tiempo, salvo en cuestiones que dependen de las costumbres de la época. Entre ellas están las referentes al ayuno o a las relaciones entre hombres y mujeres y la correspondencia entre ellos, pues antes las únicas cartas privadas eran las de los enamorados. Dígase lo mismo de los baños, pues en ese aspecto los antiguos eran menos puritanos que nosotros.

No obstante, detrás del conjunto de detalles de la Regla, hay un pensamiento, una base evangélica, que hace que la vigencia de la misma se prolongue, en su esencia, hasta nuestros días.

Una de las bases más importantes de la espiritualidad de san Agustín es el amor al prójimo. El santo la expresa a menudo con la frase del evangelista Juan: *Todo el que odia a su hermano es un homicida* (Jn 3,15a). En principio, es horizontalista pues habla con mucha más frecuencia del amor fraterno que del amor a Dios. Ello es debido, en parte, a que así enseña a los monjes que el amor fraterno conduce al amor de Dios.

Otra característica muy importante de la Regla es el gran respeto a la libertad: "... no como siervos bajo el peso de la ley, sino como hombres libres dirigidos por la gracia" (8,48). Sólo marca lo imprescindible, lo más esencial. El dato da idea de la gran libertad que debe reinar dentro de la vida monástica.

La Regla tiende a favorecer la interiorización: paso del hombre exterior al hombre interior, de la oración vocal a la contemplación.

Llama la atención la ausencia de ascetismo en la Regla. Las únicas prescripciones que se pueden calificar de ascéticas son las referentes al ayuno. La razón hay que verla en que, para san Agustín, la ascesis no es un fin en sí misma. La base de su espiritualidad es el hombre, el desarrollo de la persona humana.

El ideal de vida religiosa para san Agustín es la comunidad de Jerusalén, según estos tres principios: convivencia en caridad, humildad y comunión de bienes (*una sola alma y un solo corazón* [Hch 4,32a] en marcha hacia Dios).

Dios se manifiesta en el amor fraterno, en la caridad de la comunión de vida. En efecto, esta caridad es la que conduce a él.

Muchas veces la comunidad se queda en lo puramente material, como comer y vivir juntos. Pero la auténtica convivencia sólo se da cuando se encuentran las personas, cuando se comparte la vida poseyendo "un solo

corazón". La comunidad debe avanzar hasta ser una en Dios, sin despararrarse ni dispersarse. Con mucha frecuencia, resulta ser una tarea bastante dura.

Lo que motiva la Regla es la construcción de una auténtica comunidad de vida por la concordia vital y la caridad. San Agustín nos propone como ideal la comunidad de Jerusalén según la muestran los Hechos de los apóstoles, aunque el correspondiente texto bíblico admita diversas interpretaciones y formas de ponerlo en práctica. La comprensión que tiene el monacato agustiniano es muy diferente, por ejemplo, de la de la Taizé, puesto que ésta interpreta los Hechos como la unión de todos los cristianos, de todas las confesiones, para alcanzar el ecumenismo.

San Agustín destaca la propiedad común como el mejor y el mayor servicio a la comunidad. La pobreza es una opción de amor, pues haciéndose pobre el religioso puede entregarse más libremente a los demás. Pero se ha de procurar no confundir comunidad de bienes con igualdad total. Cada miembro ha de disponer de lo necesario, por lo que a cada uno se le dará según su necesidad. Una comunidad sólo funcionará si está basada en la caridad, y sobre todo en la humildad, base de toda vida cristiana.

San Agustín proclama que la fraternidad debe estar por encima de las diferencias personales, sean cuales sean, pues todos somos templos de Dios y por ello nos debemos respeto. Principios básicos son: unión de alma y corazón, comunidad de vida por el amor y el respeto, humildad, y apertura a todos evitando el aislamiento.

Puede haber diversos modelos de comunidad. Hay unas que son meramente funcionales; otras están orientadas hacia lo divino, otras al ideal mismo de comunidad... San Agustín propone la Trinidad como modelo divino de comunidad y comunión total.

Es preciso distinguir entre caridad –el amor hacia toda clase de personas– y hermandad o fraternidad –el amor hacia los que comparten la misma fe o creencias–.

## EL APOSTOLADO

Dentro de la vida religiosa caben dos modalidades de vida: la activa y la contemplativa. A ellas ha de añadirse una tercera, que conjuga las dos anteriores y que se puede denominar mixta: nadie debe ser tan exclusivamente contemplativo que olvide la acción, ni tan activo que deje de lado la contemplación. Es preciso que, siempre por amor, se asuma, se soporte y se lleve a cabo la oportuna actividad.

Toda comunidad agustiniana debe ser símbolo de esperanza en un mundo secularizado, en una sociedad donde el principal valor es la productividad, donde en vez de preguntar “¿quién eres tú?” se pregunta “¿qué haces?”. Una sociedad en que las personas no productivas carecen de valor y son rechazadas.

San Agustín comenzó formando en Tagaste una comunidad de laicos, dedicados a vivir la vida cristiana según el modelo monacal. Al ser ordenado sacerdote contra su voluntad, fundó un monasterio de religiosos. Cuando algunos de ellos pasaron a ser clérigos, comenzaron las primeras tensiones entre acción y contemplación.

En un primer momento, el santo no admite como clérigos en su diócesis a quienes no acepten la vida monástica. Luego cambia de parecer y deja libertad al respecto, pero se muestra muy duro con quienes no son fieles al compromiso libremente contraído de ponerlo todo en común, negándoles toda posibilidad de ser clérigos donde él sea obispo.

Para el santo, la vocación religiosa tiene preferencia sobre la apostólica, pero en ningún modo se ha de olvidar esta última.

Apostolado indica la actividad subsiguiente al hecho de ser enviado a los otros para anunciar la Buena Nueva. El obispo de Hipona pone el énfasis en el deber de servir y no en el honor que le acompaña y que él ve más bien como un gran peligro. No se es religioso o religiosa o clérigo en beneficio propio, sino para la utilidad de los demás. Todos han de trabajar por igual, sin exclusivismos, en la viña del Señor.

El ministerio de la palabra y del sacramento es un servicio que trasciende de las propias fuerzas y recursos y una gracia divina. Pero lleva asociados numerosos peligros ante los que hay que precaverse: buscar el propio engrandecimiento, trabajar para el propio provecho, etc. Como cristiano y misionero que es, el religioso debe sembrar la Palabra a pesar de todas las dificultades, a la vez que es tierra buena para recibirla. Se ha de procurar no caer en la tentación de desánimo, cansancio o aburrimiento de efectos paralizantes. Cristo no tuvo miedo a la tierra pedregosa ni se asustó porque a veces la semilla cayera entre zarzas o se la comieran las aves del cielo o la pisaran los transeúntes. En su transfiguración el Señor nos dio un ejemplo claro. A pesar de que todos se encontraban allí muy bien, Jesús le dice a Pedro que debe bajar de la montaña, volver donde están los hombres y predicar, enseñar, sudar y trabajar por el evangelio y el pueblo.

La mayoría de las veces el trabajo pastoral se hace a ciegas en el sentido de que no siempre se ven los resultados de inmediato y ni siquiera se sabe si el método es bueno. Son los momentos de duda y angustia en los que sobreviene el tedio. El único remedio contra el desánimo y el tedio es el amor, por

el que llevamos las cargas los unos de los otros; y ese amor es el que nos hace felices en nuestro trabajo. Eso naturalmente, no excluye la responsabilidad que cada uno tiene. Ante el desconocimiento de los resultados del propio apostolado, no cabe sino confiar en la esperanza de la vida futura, en la que otro cosechar lo que nosotros hemos plantado.

San Agustín compara a Raquel con la contemplación, el conocimiento, la sabiduría divina que se adquiere en la oración, mientras que Lía es la que trabaja por la justicia, igual que el pastoralista debe centrar su trabajo en los más débiles. El modelo de predicador es el mismo Jesús, quien enseña la humildad y la paciencia para amar a todos, incluso a los enemigos, y aceptar la persecución.

Fácilmente podemos darnos cuenta de que muchas veces hay tensiones entre las exigencias de la vida comunitaria y el apostolado, en parte porque cada vez hay menos religiosos y, con frecuencia, las necesidades son las mismas o incluso mayores. Aunque el servicio apostólico es una obra eclesial, cabe preguntarse si se debe hacer a costa de la vida comunitaria. La respuesta es la siguiente: se ha de tener en cuenta que la misma vida comunitaria es también una forma de apostolado.

Cualquier religioso agustino o agustina puede ser enviado fuera de la comunidad para asumir una tarea concreta, pero esto no es una renuncia a la vida comunitaria. El problema surge cuando el enviado comienza a prescindir de la comunidad, cayendo en un individualismo destructivo. Cuando esto ocurre se hace muy difícil la asistencia a los capítulos locales y la oración en común resulta casi imposible e impracticable.

Cuando san Agustín es llamado al presbiterado, lo primero que hace es pedir tiempo para dedicarse al estudio de la Escrituras. El estudio en general y, específicamente, el estudio de la Escritura es para el santo requisito indispensable para ejercer el ministerio.

## LA MUJER <sup>2</sup>

Como hijo de la cultura grecorromana, san Agustín da cuenta de la situación de inferioridad social de la mujer en Africa. Él, por su parte, la asume durante toda su vida, aunque considere a la mujer como una persona moralmente superior al hombre.

Por eso, el santo no define a la mujer ante todo como seductora. Al recordar el ejemplo de Eva en el paraíso, considera que Adán es tan culpa-

---

2. Para conocer mejor este tema cf. T. J. VAN BAVEL, "La mujer en san Agustín", *Estudio Agustiniiano* 29 (1994) 3-49.

ble como ella. Y afirma que, si la mujer puede ser serpiente seductora para el hombre, el hombre puede ser diablo para la mujer. De idéntica manera, ambos pueden y deben ser cielo y paraíso para el otro por el amor.

Son muchas las cosas –dice el santo– en que los animales superan al hombre; sin embargo, sólo éste tiene inteligencia y, en la medida en que posee vida racional, es imagen de Dios. Por esa razón afirma que la mujer es también imagen de Dios, pues también ella tiene mente racional. Sostiene, pues, que hombre y mujer son iguales en su naturaleza, diferenciándose sólo en el cuerpo; rechaza toda comparación discriminatoria para la mujer fundamentada en su sexo. No sólo no niega a la mujer su dignidad de imagen de Dios, sino que tampoco tiene reparos en atribuir a Dios rasgos y características femeninas. Dios es padre y madre.

San Agustín considera siempre el sexo femenino como hecho natural, jamás como defecto o pecado. Esta igualdad será confirmada en el Reino de los cielos donde no existirá la libido y triunfará totalmente el amor.

Son muchos los autores antiguos que se refieren a las actas de los mártires, v. gr. las de las santas Perpetua y Felicidad, para probar la igualdad entre el hombre y la mujer, pues todos estamos llamados, como ellas, a la virtud y el coraje del hombre perfecto que no discrimina entre hombre y mujer, ni judío ni griego. El ejemplo de las mujeres mártires nos hace ver que demostraron una fortaleza varonil en la persecución y en el sufrimiento, así como una fidelidad a toda prueba ante el destierro y la ausencia de sus maridos.

San Agustín siempre defiende el matrimonio como algo muy positivo, especialmente frente al maniqueísmo. Marido y mujer tienen la responsabilidad de vivir juntos como una sola persona y con una sola alma, y para ello es también importante la relación sexual como expresión del amor que unifica y orienta el matrimonio hacia Dios.

Ambos, hombre y mujer, tienen los mismos derechos dentro del matrimonio y por eso tienen también los mismos deberes. El obispo de Hipona denuncia la injusticia de la ley civil romana al respecto, que castigaba duramente el adulterio de la mujer mientras dejaba impune al hombre por la misma falta. Esta legalidad civil la rechaza constantemente en los sermones al pueblo, a la vez que reclama que los dos, hombre y mujer, se guarden fidelidad recíproca.

Son muchos los que acusan a san Agustín de establecer un dualismo entre biología y realidad humana o entre sexualidad y amor. Pero no ha de olvidarse que de joven convivió 16 años con una mujer y tuvo con ella un hijo. Ese particular le confiere autoridad para hablar del problema. Aunque no se casó con ella por diferencias de clase social, según una prohibición le-

gal de la época, le afectó terriblemente su separación, según nos cuenta en las *Confesiones* (6,15,25).

La relación entre marido y mujer es expresión de la naturaleza social de los seres humanos. Se debe un gran respeto a la unión entre hombre y mujer. La imagen según la cual la mujer sale de la costilla del hombre nos orienta hacia ello. Lo más importante en esa unión es el amor puro y sincero, un amor que se orienta hacia las personas y no a sus posesiones.

El amor desinteresado entre marido y mujer es modelo de amor para todos los creyentes, especialmente para los religiosos y religiosas, pues si se ama gratuitamente al cónyuge, ¿acaso se podrá amar a Dios de otra manera?

Según san Agustín entre el amor y la amistad hay solamente un paso. Es tan importante para él la amistad que la considera, junto a la salud, lo más importante de la vida. La salud garantiza la vida y la amistad garantiza que el hombre no está solo y no se pierda en la soledad. Desde que nace, la persona vive en amistad: nada más venir al mundo, lo primero que ve son sus padres y lo primero que percibe es su amor y amistad. Esta es un amor recíproco, un amar y ser amado, un querer el bien del amigo-amado. La amistad entre marido y esposa no tendrá límite en el Reino de Dios.

Todo amor requiere fe, pues el amor no puede ser visto en sí mismo y esto es válido tanto para el matrimonio o amistad como para la vida religiosa: donde no hay fe no hay amor.

Es preciso tener en cuenta los aspectos positivos de la visión agustiniana de la mujer, pues a pesar de la cultura reinante fue un gran renovador y muchas de sus ideas aún permanecen vigentes. Ante todo, la mujer es imagen de Dios. Además, Dios glorificó por igual a uno y otro sexo pues quiso hacerse hombre pero naciendo de mujer. Por otra parte, aunque el varón (*vir, de virtus*) es, con frecuencia, físicamente más fuerte que la mujer, ésta es, muchísimas veces, moralmente más consistente que el hombre que, en muchas ocasiones, reniega en la práctica de su dignidad.

San Agustín luchó contra la discriminación a que estaba sometida la mujer en su tiempo y en este sentido es un ejemplo para todo religioso agustino.

## LA ORACION Y LA INTERIORIDAD

San Agustín ordena en la Regla: “Perseverad en las oraciones fijadas para horas y tiempos de cada día” (2,10). Algo esencial no sólo para la vida comunitaria, sino para la vida cristiana en general. En efecto, uno de los mayores peligros que acechan al religioso es el activismo. El santo refiere que, por su parte, prefería disponer del máximo tiempo para la interioridad entendida como reflexión, lectura, contemplación...

La fe siempre se encuentra en camino de crecimiento. La espiritualidad del religioso nunca debe dejar de crecer y, como grupo, los religiosos se esfuerzan por llegar a Dios, poseyendo una sola alma y un solo corazón hacia Dios.

Frente a este gran ideal, uno de los mayores problemas actuales es la resistencia al cambio, a la conversión permanente, que obliga a ir creciendo a pesar de las incomodidades, pues siempre se está en tensión, en camino, y queda aún mucho para llegar. Y, aun en el caso de ser perfectos en cuanto caminantes, se es imperfecto, dado que aún no se ha llegado a la meta. De ahí que diga: “No estéis contentos con lo que sois si queréis llegar a lo que no sois” o también: “Cuando dijiste basta, entonces pericliste”.

El encuentro con Dios es un proceso permanente, por lo que ni en el sufrimiento se debe olvidar que Dios está con nosotros. El santo está plenamente convencido de que Dios se manifiesta y actúa a través de los hombres, y él lo experimenta en Ponticiano, en Alipio, en su madre Mónica, entre otras personas conocidas, y afirma sentirse, ante ellos, pequeño en el alma. Por eso recomienda: “Honrad los unos en los otros a Dios, de quien habéis sido hechos templos” (*Regla 1,9*).

La oración es indispensable para el encuentro con Dios. Para ello lo fundamental es ser sinceros, ser coherentes entre lo que se dice y lo que se hace y se siente. Es la razón por la que san Agustín dice en la Regla: “Cuando oráis a Dios con salmos e himnos, sienta el corazón lo que profiere la voz/ (2,10).

también la propia conciencia y las propias acciones deben ser alabanza para Dios en oración: es viviendo bien como se alaba a Dios constantemente. Si a la vez que se canta el Aleluya no se da pan al hambriento, no se viste al desnudo, y no se hacen las obras de misericordia, se está actuando hipócritamente.

La oración es un corazón lleno del deseo permanente de Dios. Como tal no es continua; pero como desear es ya orar, si el deseo de Dios es continuo, la oración también lo será.

San Agustín da gran importancia a la oración comunitaria, como lo pone de manifiesto en la Regla. Entre otras razones está la conciencia de que la oración de todos hace que el deseo crezca, deseo que luego lleva a orar continuamente.

Uno de los aspectos más conocidos de la espiritualidad agustiniana es su insistencia en la interioridad. Esta consiste en el cuidado y cultivo de la vida interior, no en una simple introspección superficial que puede conducir al narcisismo. La interioridad habla de la realidad personal, es escucha individual de lo que Dios quiere de cada uno. No es sólo el descubrimiento del yo,



sino el descubrimiento del Otro y de los otros en Dios. Para ello es necesario el silencio, la tranquilidad y la paz; no huir del silencio para evitar entrar en sí mismo, como hace mucha gente.

Cada uno debe cuidar su propia interioridad, pero también debe preocuparse de compartir lo que aprende con los otros, pues la vida y la oración común no es sólo rezar los mismos salmos en la misma capilla, aunque eso también sea importante, sino compartir las respuestas a las preguntas comunes, como por ejemplo: ¿quién es Dios para mí?, ¿dónde puedo encontrarlo? Para ello hace falta crear situaciones propicias, por ej., comentar juntos un pasaje de la Biblia o un texto espiritual interesante. Se debe evitar, sin embargo, que el diálogo degenera en una discusión o en un monólogo.

La oración debe formar parte del mismo ser de cada uno y la vida debe responder a lo que es la oración. Como suele decirse: “ora bien quien vive bien y vive bien quien ora bien”.

Mucho más que las palabras, lo que constituye la oración son los sentimientos que mueven el ánimo, además del amor puro. Pero aunque no sean lo esencial, las palabras también deben formar parte de la oración, pues las palabras sencillas conducen a ella. Cuando se enfría el deseo, la caridad, se adormece la oración.

### LA CUESTION SOCIAL <sup>3</sup>

La opción por los pobres es tan antigua como la historia de la salvación, como el Antiguo y el Nuevo Testamento. Y ya en los sermones de san Agustín podemos ver reflejada la problemática rico-pobre en múltiples ocasiones.

En su época casi todos los ciudadanos eran pobres, sobre todo los pequeños arrendatarios (*colonii*) y los jornaleros en paro, que con frecuencia se unían a los donatistas. La situación se vio empeorada cuando el imperio romano suprimió la protección de los arrendatarios, de modo que quedaron a merced de los grandes terratenientes, que por supuesto no desaprovecharon la ocasión. La situación llegó a tal extremo, que el concilio de Cartago tuvo que pedir que se constituyera una institución de auxilio a los pobres, pues muchos de ellos al vivir peor que los esclavos, se veían obligados a vender su libertad para no perecer de hambre.

---

3. Cf. T.J. VAN BAVEL, *La opción por los pobres de san Agustín*. Predicación y práctica. Secretariado Justicia y Paz (Curia Agustiniana), Roma 1992.

En aquella poca la esclavitud se aceptaba como algo normal y evidente, y por eso la Iglesia hacía muy poco o nada por los esclavos en cuanto clase social. San Agustín afirma, al igual que Pablo, que siervo y amo deben vivir desde el amor. Y prohíbe rotundamente tratar injustamente a los seres humanos. Él considera la esclavitud como algo antinatural, fruto de la iniquidad y de la violencia (la guerra). Cae fuera de la voluntad de Dios que un ser humano domine a otro. Todos son hermanos y, en consecuencia, el amo debe ser siervo de los que le sirven (y no sólo en teoría).

Los comerciantes de esclavos llegaron incluso a saquear pequeños pueblos, para capturar a personas libres y venderlas como esclavos en otro lugar. El santo, junto a toda su iglesia, no ahorró esfuerzos para liberar a muchos de esos esclavos. Por otra parte, la situación llegó a agravarse de tal modo, que tuvo que escribir a Alipio a Italia y pedirle que presionara al gobierno para que modificase la ley de esclavitud.

San Agustín defiende con vehemencia la igualdad entre los hombres. Su razonamiento se apoya en cuatro principios:

- Dios creó el mundo para todos por igual
- Todos nacimos desnudos (iguales)
- Ayudar a los pobres es cuestión de justicia
- La codicia es la causa última de la pobreza

Dios creó la tierra para todos por igual, por lo que todos los bienes son comunes. Nadie es dueño de nada sino que todos somos administradores o distribuidores; nada tiene nada en propiedad absoluta. La Tierra es de pobres y ricos por igual.

Puesto que todo lo recibe de Dios, a sus ojos todo hombre es un mendigo. Tanto su nacimiento como su muerte muestran que todos los hombres son iguales. La desigualdad surge en la vida terrena por la acaparación de bienes por parte de unos pocos, bienes que no les pertenecen en justicia. Por lo tanto se puede afirmar que las diferencias entre ricos y pobres son creadas artificialmente. El rico posee bienes que, en justicia, pertenecen a otros. De ahí que ayudar a los pobres no es cuestión de caridad, sino de justicia. El rico debe conocer que sus propiedades pertenecen a otros, y actuar en consecuencia. No es cuestión de riqueza-pobreza, sino de justicia. Ayudar al pobre según el santo es pagar una deuda. No se trata de generosidad porque se le da lo que le pertenece en justicia. Por justicia se debe a los pobres y también por amor. Para san Agustín la codicia es una disposición maligna que impulsa a poseer y acumular bienes sin compartirlos. Cuando esta codicia se junta con la riqueza, el poder y la injusticia, se convierten en la ley de la selva donde el más fuerte se come al más débil.

San Agustín repite insistentemente que son los bienes que poseemos los que dan lugar a conflictos, disturbios, pleitos, guerras... Si no hubiera bienes propios se solucionarían muchos de estos problemas.

Basándose en la igualdad de los seres humanos y en el derecho universal a la justicia, la Iglesia que él presidía –y otras muchas– dedicaban grandes esfuerzos a ayudar a cualquier persona que lo necesitara, incluidos muchos no cristianos.

## LA COMUNIDAD

San Agustín define la comunidad como el centro de la vida cristiana. Hoy más que nunca se siente la falta de conciencia comunitaria, y pocas veces se ha deseado tanto profundizar en las relaciones comunitarias.

Para el santo, la finalidad esencial del monasterio es la creación de una auténtica comunidad cristiana. Por eso la Regla comienza diciendo: "... vivid en la casa unánimes y tened una sola alma y un solo corazón orientados hacia Dios" (1,3). Pero comunidad no es sólo comer juntos y vivir bajo el mismo techo, sino que implica compartir, vivir unidos hacia Cristo. La Regla pide que los hermanos honren a Dios los unos en los otros. Esta unión comunitaria es también la base de la sociedad, la familia, etc.

San Agustín insiste mucho en la necesidad del amor fraterno, el amor de los hombres hacia el hermano más cercano. Amor que es plenitud de la ley, pues quien no ama a su prójimo a quien ve, no podrá amar a Dios a quien no ve. El santo es marcadamente teocentrista, como lo muestra un análisis de la Regla, donde vemos que aparece una vez el nombre de Cristo, una vez el del Espíritu Santo y nada menos que dieciséis veces el de Dios. Ahora bien, el primer acto de amor hacia Dios es el amor a los hermanos; la oración y la liturgia tienen gran importancia, pero no son garantía de amor a Dios.

La perfección en el amor se manifiesta en la mayor entrega a lo común que a lo propio, en el poder confiar plenamente en las relaciones humanas, a lo que orienta la espiritualidad agustiniana.

"Las exigencias del amor no deben ser desestimadas. Si quieres mantener el amor, no lo estimes vil y despreciable, y no creas que se puede amar de un modo blandengue y relajado". El amor no es una simple ausencia de mal. Por eso Agustín pone en guardia a fin de que no se crea que se ama al siervo por no castigarle. El amor se demuestra con los hechos, aunque teniendo en cuenta que una comunidad está siempre formada por seres humanos.

Para san Agustín, la vida común tiene dos valores principales:

– la pobreza –que no entiende como no tener nada, pues eso no sería un valor– donde lo más importante es la comunión de bienes, el no tener nada propio.

– la humildad, como oposición a la soberbia, el peor de los pecados.

En nuestros días se tiende a centrarse mucho en la unidad espiritual y poco en la material, de modo que se está perdiendo la comunidad de bienes. Grave error, pues la comunidad de bienes es el primer paso hacia la comunidad de Espíritu. Es imposible vivir con unidad de alma y corazón cuando no hay unión ni siquiera en lo material, es decir, sin compartir los bienes.

Para san Agustín la soberbia es la raíz de todo pecado, pues transforma a las personas en seres autosuficientes, incapaces de amar. Donde hay soberbia es imposible el amor, y sin amor no hay nada bueno. Es un pecado tan grave porque se insinúa hasta en las obras buenas, destruyéndolas completamente. Hace que la persona se preocupe sólo de sí misma, llegando a hacerse insoportable para los demás.

La concepción agustiniana de la obediencia es muy revolucionaria para su época. Si se la compara con la existente en otros monasterios de la época donde el abad era el portador del Espíritu y lo que él ordenaba era palabra de Dios, resulta bastante democrática. Construir la comunidad, al igual que la obediencia, es tarea de todos los miembros del grupo. Todos son responsables por el amor que no siempre acarrea felicidad, p. ej., para el superior. La autoridad es una carga asumida por amor hacia los demás hermanos y no por vanagloria. La obediencia, por supuesto, es también un acto de amor.

El bien común es tarea de todos los miembros del grupo, al igual que la obediencia. La obediencia debe practicarse con amor, comprensión y compasión hacia el superior y la carga que le toca llevar. El mayor bien es el amor.

San Agustín rompe las estructuras de su tiempo al separar la autoridad y la obediencia del dominio de la fe para pasarlas al dominio del amor, al Reino de Dios. La dominación destruye el amor, y causa frustración, desamor, odio. De ahí que el superior haya de evitar el impulso a dominar a los hermanos que están a su lado o bajo su tutela. La autoridad implica el tener cuidado de los valores comunes.

La Regla es un llamamiento a la igualdad evangélica y a la hermandad total entre las personas. Es el ideal de la primitiva comunidad de Jerusalén el que impulsa al religioso hacia una utopía que debe ser realizada, teniendo en cuenta que es necesario el consenso sobre algunos principios fundamentales. Cada comunidad debe organizarse para su mejor funcionamiento, pero teniendo en cuenta que incluso viviendo en comunidad no se puede prescindir del apostolado.

Uno de los mayores peligros al acecho es la frustración o la amargura, que han llegado a destruir muchas comunidades. Igual de peligroso es el

egoísmo. La estabilidad dentro de la comunidad depende de los acuerdos y compromisos asumidos en común. Son imprescindibles el altruismo y el conocimiento mutuo, que lleven a avanzar hacia Dios.

R. A. CAPILLA GONZALEZ  
*Valladolid*